

El Evangelio según la comunidad de San Juan

En aquel tiempo, Jesús se retiró al monte de los Olivos. Al amanecer se presentó de nuevo en el templo, y todo el pueblo acudía a él, y, sentándose, les enseñaba.

Los escribas y los fariseos le traen una mujer sorprendida en adulterio, y, colocándola en medio, le dijeron: "Maestro, esta mujer ha sido sorprendida en flagrante adulterio. La ley de Moisés nos manda apedrear a las adúlteras; tú, ¿qué dices?"

Le preguntaban esto para comprometerlo y poder acusarlo.

Pero Jesús, inclinándose, escribía con el dedo en el suelo.

Como insistían en preguntarle, se incorporó y les dijo: "El que esté sin pecado, que le tire la primera piedra."

E inclinándose otra vez, siguió escribiendo.

Ellos, al oírlo, se fueron escabullendo uno a uno, empezando por los más viejos.

Y quedó sólo Jesús, con la mujer, en medio, que seguía allí delante. Jesús se incorporó y le preguntó: "Mujer, ¿dónde están tus acusadores?; ¿ninguno te ha condenado?" Ella contestó: "Ninguno, Señor."

Jesús dijo: "Tampoco yo te condeno. Anda, y en adelante no peques más."

Reflexión al Evangelio – Jesús, amigo de la mujer

Sorprende ver a Jesús rodeado de tantas mujeres: amigas entrañables como María Magdalena o las hermanas Marta y María de Betania. Seguidoras fieles como Salomé, madre de una familia de pescadores. Mujeres enfermas, prostitutas de aldea... De ningún profeta se dice algo parecido.

¿Qué encontraban en él las mujeres?, ¿por qué las atraía tanto? La respuesta que ofrecen los relatos evangélicos es clara. Jesús las mira con ojos diferentes. Las trata con una ternura desconocida, defiende su dignidad, las acoge como discípulas. Nadie las había tratado así.

La gente las veía como fuente de impureza ritual. Rompiendo tabúes y prejuicios, Jesús se acerca a ellas sin temor alguno, las acepta en su mesa y hasta se deja acariciar por una prostituta agradecida.

La sociedad las consideraba como ocasión y fuente de pecado; desde niños se les advertía a los varones para no caer en sus artes de seducción. Jesús, sin embargo, pone el acento en la responsabilidad de los varones: «Todo el que mira a una mujer deseándola, ya ha cometido adulterio en su corazón».

Se entiende su reacción cuando le presentan a una mujer sorprendida en adulterio, con intención de lapidarla. Nadie habla del varón. Es lo que ocurría siempre en aquella sociedad machista. Se condena a la mujer porque ha deshonrado a la familia y se disculpa con facilidad al varón.

Jesús no soporta esta hipocresía social construida por el dominio de los varones. Con sencillez y valentía admirables, pone verdad, justicia y compasión: «El que esté sin pecado, que arroje la primera piedra». Los acusadores se retiran avergonzados. Saben que ellos son los más responsables de los adulterios que se cometen en aquella sociedad.

Jesús se dirige a aquella mujer humillada con ternura y respeto: «Tampoco yo te condeno». Vete, sigue caminando en tu vida y, «en adelante, no peques más». Jesús confía en ella, le desea lo mejor y le anima a no pecar. Pero de sus labios no saldrá condena alguna.

¿Quién nos enseñará a mirar hoy a la mujer con los ojos de Jesús?, ¿quién introducirá en la Iglesia y en la sociedad la verdad, la justicia y la defensa de la mujer al estilo de Jesús?

José Antonio Pagola

El perdón de los pecados

Puede que no haya nada más doloroso para una persona que la certeza de haber hecho daño a alguien querido, el remordimiento de conciencia o la sensación de haber pecado gravemente. Aunque el mundo ha perdido la conciencia del pecado, no por ello ha desaparecido. Mucha gente en nuestro mundo –y más cerca de lo que parece– vive presa del pecado, tanto del recibido como del propiciado, y es que no hay nada más complicado que el perdón, sobre todo a uno mismo.

En nuestra experiencia cristiana es fundamental sentirse pecador. Si te fijas, así comenzamos la misa. Pero no es por flagelarse, es simplemente para reconocer que Dios es más grande y que necesitamos de Él. La gente que se cree fuerte nunca pedirá ayuda, solo desde nuestra fragilidad nos podemos abrir a algo más grande. Pero en este tú a tú con Dios, es Él quien tiene la iniciativa. Una mano tendida siempre para volver a casa.

No es exagerado afirmar que hay pecados que nos persiguen como fantasmas y que solo Dios nos puede perdonar, porque nos hacen tanto daño que nosotros mismos no podemos. Y es ahí cuando se nos abre la vida, como le pasó a san Agustín, a san Pablo o al propio san Ignacio de Loyola, que nos convertimos, que nuestra vida cambia y en vez de atarnos a nuestros pecados nos convertimos en colaboradores de Dios, haciendo que nuestras obras ayuden a salvar a otros.

El perdón de los pecados no es una estrategia para controlar las conciencias como se creen algunos. Es la oportunidad para reconciliarnos con otros, superar nuestros propios errores y fantasmas y abrirnos a la vida en vez de quedarnos aferrados a la muerte. Es la oportunidad de que Dios nos diga que sigue confiando en nosotros.

Álvaro Lobo, sj

Cuando el ruido es interior

(algo para la vida cotidiana)

Todos nos hemos despertado alguna vez un fin de semana con un ruido espantoso porque hay obras en la calle. Nada más despertar, el mal humor está ahí, pero no queda otra que aceptar el ruido e iniciar el día.

Después, durante el día, algo no va bien. Sientes que el ruido de las obras se ha quedado incrustado en mi cabeza. Te consume por dentro. Poco a poco, creando un nudo en mi estómago. Pero a veces el ruido no viene de fuera, sino de dentro. No hay obras, el problema está en la mente.

Es el cúmulo de preocupaciones y responsabilidades que vamos acumulando a lo largo de la semana y que, justo cuando tenemos tiempo para descansar, aparecen. Nos impiden relajarnos y disfrutar el momento. De nuevo, estoy con la mente más pendiente del futuro que del presente.

Lo más doloroso de todo esto es que es algo común y nos pasa a muchas personas. Es una sensación muy poco agradable, que, a la larga, nos va deteriorando en todos los aspectos de la vida: físico, mental, social. Pero hay algo que puede servir como remedio a corto, medio y largo plazo.

Este remedio es un tren, un tren que inicia su trayecto justo al lado de las obras y viaja hasta nuestro corazón. Un viaje en el que tenemos la oportunidad de vaciarnos, de quitarnos todas las preocupaciones de encima durante un rato para centrarnos, calmarnos y soltar. Poco a poco, se va deshaciendo ese nudo que sentía en el estómago. Poco a poco, el ruido de las obras es cada vez menor. Y, una vez finaliza el viaje y el tren vuelve a la estación de la realidad, me encuentro en una sensación de paz que no sentía hacía tiempo. Dios está en mí.

El tren no tiene horario ni forma. Una manera de detenernos y subirnos a él es mediante el Examen Ignaciano. Con él, San Ignacio nos invita a examinar nuestro día, a reconocer esos “ruidos internos” y a entregarlos a Dios. Porque cuando soltamos y nos vaciamos en su presencia, Él llena nuestro corazón de paz.

Una vez subidos al tren, simplemente debemos dejarnos llevar, porque es Dios quien estará siempre al mando.

Pau Company

e-mail: miscat.rs@arcor.de * www.miscatremwupp.de

* [Tel.: 02191/668490](tel:02191668490)